

inclinan, y se doblen nuestras rodillas ante las almas santas, selladas con el nombre de Dios y que fueron vasos de eleccion durante su rápido paso sobre la tierra.

Al evocar la singular figura de Teresa de Zepeda, blanca como la inocencia de las vírgenes y roja como la sangre de los mártires del sacrificio voluntario, aromatizada con el celestial perfume de todas las virtudes cristianas, coronada su cabeza con la triple aureola del genio, del heroísmo y de la santidad, no permanecerán erguidas nuestras frentes ante el poder y la bondad de Dios á quien le plugo encerrar tan grandes maravillas en vaso tan frágil y obrar tales prodigios en tan débil criatura suya.

Grande por el pensamiento y grande por el corazón, fué Teresa de Jesus escritora insigne y fundadora ilustre. La una y la otra nada son, sin embargo, al lado de la santa. Querer separar en ella la una de la otra sería una blasfemia. ¿Sería imposible un edificio sin cimientos: no se comprende sin raíz el árbol! Pensó alto, hizo mucho y amó más porque fué santa. "Si charitatem non huberim nihil sum." Si caridad no tengo, nada soy, exclamaba el humilde San Francisco.

Bajo todas sus fases es un tipo asombroso el de la humildad de la

recoleta de Avila. Como escritora, se destaca su grandísima figura en el horizonte de su siglo, cual un gigante, y no al lado de pigmeos, sino en medio de colosos. Santa Teresa fué escritora insigne cuando todavía estaba húmeda la pluma con que escribieran D. Pedro Calderon su "Vida es sueño," filosofía suprema encerrada en vaso de cristal primorosamente cincelado; el Padre Rivadeneira su libro de la "Tribulacion," mapa asombroso de los caminos del cielo por las sendas del dolor; Fray Luis de Granada su "Guia de Pecadores," donde se ve el pecado tan horrible y tan hermosa la virtud, que necesario es con ella en las manos morir de espanto ó de amor: y el Padre Ripalda su "Catecismo," ese alfabeto sublime de la más alta teología, ese libro, despues de los santos, el más portentoso que hayan conocido los hombres; ese pequeño libro que de no haber sido escrito por un ángel, el Padre Ripalda debe haberlo escrito recibiendo del cielo cada una de sus páginas. Santa Teresa descuella como escritora en medio de esta pléyade de gigantes.

Quando se dirigen á su verdadero fin, que es la gloria de Dios y el bien de los hombres, son nobles todos los ramos del saber humano; pero dos son las ciencias por excelencia; solo dos ciencias hay en la lógica absoluta, la historia y la teolo-

gía; la ciencia del hombre y de los pueblos, á través de sus propias vicisitudes, y la ciencia de Dios de donde brotan y adonde vuelven todas.

La teología, que hasta donde alcanza la mísera razon humana, escudriña los atributos de Dios y las operaciones de su bondad sobre sus criaturas, que tiene por última expresion y por linde postrero la verdad revelada, es la teología dogmática. La que fija las reglas cuya primera norma está grabada por Dios mismo en la conciencia de todos los hombres, para juzgar de nuestras acciones, esa es la teología moral. La que enseña, en fin, los caminos á la par tan escabrosos y tan fáciles de llegar al amor de Dios de donde todo bien dimana; la que muestra los medios más eficaces de mejor adorar las verdades conocidas y alcanzar mejor las virtudes deseadas, esa es la teología mística, la flor más preciosa del saber humano, la síntesis sublime de toda ciencia, el compendio maravilloso de toda sabiduría.

La teología mística era la ciencia de Santa Teresa de Jesus. De un solo vuelo se colocó Santa Teresa en el peldaño de la luminosa escala del saber humano. Seriamos ángeles los hombres si conociéramos la esencia de las cosas, es decir, la manera de obrar del infinito poder de Dios en ellas: como ángeles seriamos si su-

piésemos, por ejemplo, por qué se cuaja la perla entre la concha y por qué germina bajo la tierra el grano, cuál es el principio de la salud y el germen de las enfermedades que aquejan á la humanidad, cuáles átomos son los que vibran en la luz y cuál es la esencia de nuestro propio pensamiento.

Santa Teresa, por especial dispensacion del Criador Supremo, sabia cosas más elevadas y más hondas que todas estas. En su libro de las "Moradas del Alma," sigue paso á paso las trasformaciones que esta sufre bajo la accion de la gracia divina; ve nacer y crecer las virtudes dentro el alma y casi mira al espíritu cara á cara como nosotros vemos los cuerpos. La gracia, es decir, la accion de Dios sobre los espíritus libres, mar sin límites, cuyas playas pisó apenas San Agustin, lo navega Santa Teresa llevada por la mano de Dios mismo, y dice verdades que casi no alcanzan los entendimientos más profundos y que los teólogos más sutiles solo vislumbran entre nieblas.

Medita sobre el "Padre Nuestro," y encuentra como San Francisco de Asis y Santa Clara, tesoros escondidos en la oracion dominical. Las meditaciones de Santa Teresa sobre el "Padre Nuestro," son una mina tan honda como rica de incontables tesoros. Las palabras de la oracion suprema que todos los dias balbuten

nuestros labios, para ella encierran sentidos misteriosos y profundos, que nosotros no alcanzamos. Ella comprende el sentido místico de el "Cantar de los Cantares," ese himno incomparable del amor de Dios á las almas escogidas y del amor de estas á su casto Esposo Celestial.

Forzada por la obediencia su humildad, escribe Santa Teresa su propia vida al narrar las gracias que el Señor la dispensara, que maravillan á la tierra y dejan asombrados á los mismos cielos. Arrebatada como San Pablo sube en espíritu hasta el Empíreo despues de haber descendido al negro abismo del llanto eterno, de las tinieblas que no se disipan, del crugir de dientes, y del gusano roedor que nunca muere.

Juzgar como escritora á Santa Teresa, sería una blasfemia. La frase correcta y fácil, el lenguaje castizo, el periodo eufónico, el estilo claro, elegante y pintoresco; accidentados son que ni siquiera se perciben al lado de la alteza de los conceptos y la sublimidad de los sentimientos. Santa Teresa como escritora, es superior á todo criterio humano. Toda literatura sería impotente para juzgarla, porque los hombres no entienden el lenguaje de los angeles.

Los escritos de Santa Teresa solo pueden leerlos correctamente los serafines entre nubes. Ante esas páginas inspiradas, solo sientan bien á

los mortales la admiracion y el silencio. Hé aquí á la escritora.

Es grande y sublime la mision del escritor, es decir, la del pensador, que piensa en voz alta y á la faz de todos, para propagar la verdad y hacer que el bien sea amado sobre la tierra. Es elevado esa especie de sacerdocio que convierte á un hombre en soldado voluntario de la verdad y la virtud. Vivir en un aparente reposo lleno de febril actividad, para destilar en medio de dolores inauditos y gota á gota el pensamiento, cuya esencia depurada ya, debe mantener la vida de muchos espíritus, iluminando muchas inteligencias y fortaleciendo á muchos corazones, es sin duda una mision santa á los ojos de Dios y de los hombres. (Continuará.)

### ORDENES SAGRADOS.

El 24 del pasado, tuvo á bien el Illmo. Sr. Arzobispo celebrar órdenes en su capilla, habiendo recibido el Presbiterado siete, de los cuales los cuatro últimos pertenecen á la nueva Diócesis de Colima.

Sres. D. Arcadio Luna,  
D. Sebastian Maldonado,  
D. Tiburcio Lozano,  
D. Rafael Arriaga,  
D. Sebastian Torres,  
D. Macario Preciado y  
D. Luis Arias.

# COLECCION

DE

## Documentos Eclesiásticos.

Imp. de N. Parga.

Resp., Tomas Gonzalez.

Tom. 4.

Guadalajara, Marzo 22 de 1883.

NUM. 6.

### SECCION I.

#### Disposiciones generales de la Iglesia.

#### ENCICLICA

De Nuestro Santísimo Padre por la Divina Providencia Papa Leon XIII, á todos los Arzobispos y Obispos de España.

Venerables hermanos y amados hijos, salud y apostólica bendicion.

Entre las muchas prendas en que se aventaja la generosa y noble nacion española, merece ciertamente el mayor elogio el que, despues de varias vicisitudes de cosas y de personas, aún conserva aquella su primitiva y casi hereditaria firmeza en la fé católica, con que ha estado siempre enlazado el bienestar y la grandeza del linaje español. Esta firmeza la hacen patente muchos argumentos, y mayormente la insigne piedad para con esta Santa Sede Apostólica, que con toda clase de demostraciones, con escritos, con largueza y con piadosas romerías, repetidas veces en

modo muy esclarecido manifiestan los españoles. Ni se olvidará tampoco el recuerdo de tiempos recientes en que toda Europa fué testigo del ánimo, no menos esforzado que piadoso, de que dieron prueba en dias aciagos y calamitosos para la Silla Apostólica.

En todo esto, además de un beneficio singular de Dios, reconocemos, oh amados hijos y venerables hermanos, los frutos de vuestros desvelos y tambien la loable resolucion del mismo pueblo que en tiempos tan contrarios al nombre católico, con ahinco se mantiene unido á la religion de sus padres, ni vacila en oponer una constancia igual á la grandeza de los peligros. En verdad no hay cosa que no se pueda esperar en España, si tales sentimientos de los ánimos fueren fomentados por la caridad y fortalecidos por una constante concordia de las voluntades. Mas en este punto, porque no hemos de disimular lo que hay, cuando pensamos en el modo de obrar que algunos católicos de Espa-